

**Joseph RATZINGER**, *Iglesia. Signo entre los pueblos* (Obras completas, 8/1), Madrid: BAC («BAC maior», 216), 2010, 657 pp., 15,5 x 23,5, ISBN 978-84-220-1817-9.

Gerhardt Ludwig Müller, editor de estas *Gesammelte Schriften*, plantea en la introducción (pp. XV-XVIII) el punto de partida de la reflexión sobre la Iglesia de Joseph Ratzinger: la eclesiología trinitaria descrita en el primer capítulo de la *Lumen gentium*. «La Iglesia como pueblo de Dios es siempre cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo» (p. XV). Del misterio de la Iglesia en su dimensión trinitaria se llega a la Iglesia concebida como «sacramento universal de salvación», para obtener la comunión con Dios y de los hombres entre sí, como explica la Constitución dogmática sobre la Iglesia. Entre las fuentes de la eclesiología ratzingeriana destacan –además de la Escritura y los Padres– algunos maestros medievales y autores contemporáneos como Möhler, Guardini, Lubac y Congar, en armonía con los desarrollos propios de la teología ortodoxa y protestante sobre la Iglesia. En todas estas páginas, el profesor Ratzinger responde a las preguntas: ¿cómo se transmite la autoridad de Cristo?; ¿qué mediaciones presenta?; ¿cuál es la relación existente entre la Iglesia universal y las Iglesias locales?; ¿cómo puede ser presentada la autoridad papal en ámbitos ecuménicos? El autor destaca de igual manera la dimensión marial de la Iglesia, entendida ésta como Esposa de Cristo (cfr. Ef 5,25), que bien podría encontrar interesantes resonancias en esta línea.

Este octavo volumen –revisado por Olegario González de Cardedal– contiene las obras sobre eclesiología, ecumenismo y teología de las religiones. En este primer tomo se reúnen los que se refieren de modo más genérico a la «fraternidad cristiana» (pp. 3-82), al origen, la esencia y la misión de la Iglesia (pp. 83-165), al sacramento universal de salvación en Cristo (pp. 165-483) y a la estructura de comunión de la Iglesia (pp. 483-785). El primer apartado contiene los siguientes textos: *La fraternidad cristiana* (1960), «El espíritu de la fraternidad» (1962) y «Los fundamentos antropológicos del amor fraterno» (1970). En ellos aparece, con una metodología inicialmente exegética y bíblica, una indagación sobre el significado de la fraternidad cristiana, como paso previo a la posterior eclesiología eucarística de comunión que Ratzinger desarrollará más adelante. La fraternidad cristiana se fundamenta en la paternidad de Dios y, por tanto, el cristiano ha de estar también íntimamente unido a Cristo por la gracia y los sacramentos. De esta unión con Cristo vendrá la

unión entre todos los cristianos, por lo que «ha de reinar el *ethos* de la igualdad y la fraternidad», puesta al servicio de todos. Critica asimismo Ratzinger la inflación que puede tener esta palabra, al no presentar un claro fundamento teológico, al mismo tiempo que indaga en el elemento antropológico de la fraternidad, que sólo puede tener un origen cristológico en el primer hermano, Jesucristo.

En la segunda parte aborda las cuestiones de eclesiología fundamental. «La Iglesia como lugar de servicio a la fe» (1973) establece como núcleo fundamental la dimensión ministerial de toda la Iglesia, en contra de una presunta visión jerarcológica en la que prima el poder en vez del servicio. Insiste en el cristocentrismo de toda eclesiología –no meramente sociológica– y la inseparabilidad entre Cristo y la Iglesia, en contra de posiciones formuladas con frecuencia en ámbito sobre todo protestante (cfr. «El destino de Jesús y la Iglesia», 1965). Al decir de los Padres, Cristo es el sol, y la Iglesia, la luna que refleja la luz del sol. Como consecuencias de esta visión unitaria entre Cristo y su cuerpo, el profesor alemán recuerda que el reino de Dios se identifica con la misma persona de Jesucristo, que la institución de los Doce fundamenta la dimensión misionera y escatológica de la Iglesia, y que la última cena constituye también un momento fundacional del cuerpo místico de Cristo. Así, cuerpo eucarístico y cuerpo místico se encuentran mutuamente entrelazados, mientras la apostolicidad –entendida también en sentido ontológico-sacramental– se constituye en uno de los puntos centrales y estructurantes de la presente eclesiología. En efecto, con «Origen y naturaleza de la Iglesia» (t.o.: «Die Kirche als Geheimnis des Glaubens», 1967) y «Iglesia y liturgia» (2008), Ratzinger expone de modo más pormenorizado su eclesiología eucarística: el pueblo de Dios vive del cuerpo eucarístico de Cristo, en el que se unen las dimensiones visible e invisible. En fin, «Identificación con la Iglesia» (1977) y «Universalidad y catolicidad» (2003) constituyen dos escritos con contextos históricos diferentes, en los que sin embargo se recuerda de igual modo la dimensión universal de la Iglesia, necesario complemento a la teología de la Iglesia local, tal como veremos más adelante.

El apartado referido a la dimensión misionera y salvífica de la Iglesia contiene artículos de primera hora, como las voces del *Lexikon für Theologie und Kirche* tituladas «Iglesia. Sistemática» (1961), «Casa. Casa de Dios» (1960) y «Cuerpo de Cristo» (1961), que recuerdan los iniciales estudios sobre la eclesiología agustiniana con que empezó Ratzinger su itinerario teológico. Ahí incide en la dimensión sacramental de la Iglesia, sobre la que pivota –íntima-

mente unida a la mencionada apostolicidad– la concepción eclesiológica del teólogo alemán. La Iglesia es «sacramento universal de salvación», del que brota no sólo la comunión entre todos los cristianos –como decíamos–, sino también la misión a todas las gentes. De ahí el subtítulo de esta entrega eclesiológica de las obras ratzingerianas («signo entre las naciones»), tal como se expone de modo sumario en «La Iglesia como sacramento de salvación» (1982), al seguir la denominación escogida por LG 1, 48, 59; GS 45; AG 1, 5. A pesar de poder formar parte del apartado anterior, «Origen y naturaleza de la Iglesia» (1990) recuerda la etimología de *ekklesía* como traducción de *qahal Yabvé*, convocación de origen divino, con sus prolongaciones en las mencionadas sacramentalidad y apostolicidad de la Iglesia. «La eclesiología del concilio Vaticano II» (1985) recuerda no sólo la eclesiología eucarística y la complementariedad entre las imágenes de pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, sino también las inseparables instancias del primado petrino y de la colegialidad de los sucesores de los apóstoles. En una apostilla, Ratzinger recuerda a su vez que «pueblo *de Dios*» es un concepto sobre todo teológico, y no sólo sociológico.

El problema de la pertenencia a la Iglesia aparece en «El concepto de Iglesia y el problema de la pertenencia a la misma», de 1969 (t.o.: «Wesen und Grenzen der Kirche», 1963). En estas líneas el teólogo bávaro analiza el concepto de Iglesia presente en *Mystici corporis*, en el Vaticano II y en ulteriores desarrollos eclesiológicos: en torno al concepto de cuerpo de Cristo, el autor recorre las distintas perspectivas bíblico-patristica, corporal-jurídica y orgánico-romántica como compatibles entre sí. Mediante su actividad misionera, la Iglesia debe, en definitiva, transformar la Babilonia de este mundo en una verdadera Pentecostés: «La misión muestra de modo claro lo que la Iglesia es: un servicio al misterio de unidad, que Cristo quiso conquistar por medio del amor crucificado» (p. 271). «Comunión, comunidad, misión» (1984) insiste en esta misma idea de partir de la Eucaristía como causa de la comunión y fuente de la misión, y profundiza también en los orígenes y en las implicaciones eclesiológicas de esta comprensión ontológico-sacramental de la Iglesia. La dimensión pneumatológica es también por su parte abordada en «Observaciones sobre los carismas en la Iglesia» (1970), «El Espíritu Santo y la Iglesia» (1989), «La Iglesia como templo del Espíritu Santo» (1997). En estos escritos, Ratzinger combina la mencionada comprensión cristológica con la pneumatológica («el Espíritu es el fruto de la cruz», p. 327), tal como pretende esa visión unitaria que propone el Concilio al proceder de la Trinidad a la

Iglesia, a la vez que la condición sacramental de la Iglesia será capaz de armonizar las dimensiones carismática e institucional en la Esposa de Cristo.

En el último apartado (D), bajo el título «La estructura de comunión de la Iglesia», se aborda la cuestión del primado y la colegialidad episcopal, viejos temas ratzingerianos ya desde unos tempranos «Primado» (1963), «Primado y episcopado» (1969) y «Sobre la estructura y los cometidos del Sínodo de los Obispos» (1985). Las relaciones entre la dimensión universal y local de la Iglesia vuelven a ser abordadas en «¿Derecho de la comunidad a la Eucaristía? La comunidad y la catolicidad de la Iglesia» (1982), «Iglesia universal e Iglesia particular. La tarea del obispo» (1990) e «Iglesia local e Iglesia universal. La respuesta a Walter Kasper» (2000). La eclesiología eucarística propuesta por el teólogo alemán coordina ambas dimensiones –local y universal– inseparables en la Iglesia, si bien –como es sabido– otorga una prioridad ontológica y cronológica a la existencia de la Iglesia universal. Ambas dimensiones de la Iglesia encuentran igualmente su equilibrio en la síntesis titulada «La eclesiología de la constitución *Lumen gentium*» (2000), en la que, como protagonista del evento conciliar, resume sus principales puntos y propuestas. En fin, en los textos sobre el primado petrino («El primado de Pedro y la unidad de la Iglesia», 1990; «El primado del Papa y la unidad del pueblo de Dios», 1978; «En comunión con nuestro papa Pablo VI», 1977; «“Presidir en el amor”. El altar de la cátedra de san Pedro en Roma», 1997), profundiza en el ministerio de amor y unidad que desempeña el obispo de Roma, tal como había entendido ya en sus primeras indagaciones eclesiológicas, y que tal vez quiso poner en acto en su pontificado como Benedicto XVI.

En el campo de una eclesiología más concreta y particular, Joseph Ratzinger se ha ocupado de las nuevas realidades en la Iglesia en «Los movimientos eclesiales y su lugar teológico» (1998) y «Los movimientos, la Iglesia, el mundo» (2000), donde procura armonizar estos nuevos carismas del Espíritu con la dimensión sacramental y apostólica presente en la figura del obispo, con un origen igualmente pneumatológico y cristológico. Desciende también al nivel de las actitudes antropológicas y espirituales («Libertad y vinculación en la Iglesia», 1981), y profundiza en los conceptos bíblicos de libertad y liberación, que encuentran su cumbre en la obediencia en el amor. La santidad de la Iglesia es también otro de los temas estudiados («¿Crítica a la Iglesia?», 1962; «Franqueza y obediencia. Relación del cristiano con su Iglesia», 1962; «Las culpas de la Iglesia», 2000), pues la Iglesia está a la vez compuesta de santos y de pecadores. Esta tensión constituye, recuerda Ratzinger,

una continua llamada a la humildad y a la conversión, tal como expuso el documento de la Comisión Teológica Internacional de 2000 sobre memoria y reconciliación de las culpas de la Iglesia, en el que Ratzinger actuó como presidente y que comenta profusamente.

Con san Agustín entiende la petición de perdón como «dejar hacer a la verdad»: «*Nigra sum sed formosa* (Ct 1,5): “he sido manchada por los pecados, pero a la vez hermosa”, hermosa por la gracia y por lo que Tú has hecho» (p. 468). Este hecho hace comprensible que exista una crítica «en» la Iglesia, no tanto una crítica «a» la Iglesia, al menos sin tener en cuenta su origen y finalidad sobrenaturales. Incluso con las miserias y limitaciones de sus miembros, la Iglesia puede seguir siendo signo de salvación en medio de un mundo a veces cerrado al plan salvador de Dios. Completan este panorama una serie de homilías, pronunciadas en diversas circunstancias, que unen el trasfondo teológico y eclesiológico con su propia finalidad pastoral. Constituye pues esta publicación una buena noticia para los investigadores y estudiosos en general, pues permite ver en conjunto toda la eclesiología del profesor Ratzinger que, junto con la escatología, constituye la disciplina teológica sobre la que más ha trabajado.

Pablo BLANCO

---

**Aurelio FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ**, «*Yo no moriré*». *La vida después de la muerte. La escatología cristiana*, Madrid: Palabra, 2015, 416 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 978-84-9061-291-0.

Aurelio Fernández, sacerdote de Oviedo y doctor en Filosofía y Teología, es bien conocido no sólo por sus libros de Teología Moral, sino también por sus publicaciones en el campo de la escatología (e.g. *La escatología en el siglo II*, 1979; los capítulos sobre escatología en el segundo volumen de su *Teología Dogmática*, 2012; *Yo creo: en qué creen los cristianos*, 2013).

El presente libro llega como fruto de largos años de reflexión sobre el misterio escatológico. El autor afirma en el Prólogo (p. 19) que no tiene pretensión de ofrecer un manual ni un texto académico –por esta razón sólo hay una tabla de contenidos al final y ningún índice más–, sino una reflexión acerca de lo esencial de la escatología: «un ensayo».